

La Iglesia, familia que rodea y cuida al enfermo

Pbro. Silvio Marinelli Zucalli

«Después de esto, hubo una fiesta de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Hay en Jerusalén, junto a la Probática, una piscina que se llama en hebreo Betesda, que tiene cinco pórticos. En ellos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, esperando la agitación del agua. Porque el Ángel del Señor bajaba de tiempo en tiempo a la piscina y agitaba el agua, y el primero que se metía después de la agitación del agua, quedaba curado de cualquier mal que tuviera. Había allí un hombre que llevaba 38 años enfermo. Jesús, viéndole tendido y sabiendo que llevaba ya mucho tiempo, le dice: “¿Quieres curarte?” Le respondió el enfermo: “Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se agita el agua, y mientras yo voy, otro baja antes que yo”. Jesús le dice: “¡Levántate, toma tu camilla y anda!” Y al instante el hombre quedó curado, tomó su camilla y se puso a andar» (Juan 5, 1-16)

El agua

El agua es signo de vida y nueva creación. Durante el destierro de Babilonia, el Profeta Ezequiel consuela al pueblo con la visión de la nueva Jerusalén, de cuyo templo brotan ríos de agua que todo lo fecunda, llenando de vida el desierto y hasta de peces el Mar Muerto.

En todo el Antiguo Testamento, el agua es señal de la bendición de Dios y de su presencia salvadora. En los libros proféticos y sapienciales, el agua es símbolo de los bienes mesiánicos y de la sabiduría.

Igualmente, en el Nuevo Testamento el agua es vida, resurrección y anuncio del Bautismo en el Espíritu.

Cristo es la Palabra bajada del Cielo a la Tierra. En Caná, Jesús convirtió el agua de las abluciones en el vino nuevo del Reino, y junto al pozo de Jacob en Siquem se autorreveló a la samaritana como el agua viva, que alcanza hasta la vida eterna y apaga para siempre la sed del hombre. Esa agua viva es el don de Dios, como el mismo Jesús es «don» del Padre para la salvación del mundo. Además, el agua viva está relacionada con el Espíritu Santo, como explicó Jesús: «El último día de la fiesta, el más solemne, Jesús puesto en pie gritó: “Si alguno tiene sed, que venga a mí, y beberá el que cree en mí, como dice la Escritura: ‘De su seno correrán ríos de agua viva’”. Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en Él» (Jn 7, 37-39).

En la simbología bautismal, el agua está asociada al Espíritu Santo, es sacramento –signo e instrumento– de la presencia del Espíritu. El Espíritu Santo regenera al hombre y le da una vida nueva; el agua manifiesta esta transformación real: purifica y fecunda, expresa el florecer de la vida nueva en Dios.

¿Quieres recobrar la salud?

Jesús subió a Jerusalén para celebrar una fiesta comunitaria. En una piscina, Betesda, están agolpados muchos enfermos de toda clase, símbolo de toda la humanidad doliente que espera solidaridad humana “la limosna para sobrevivir” y la ayuda de Dios. Según la tradición, de vez en cuando un ángel bajaba a las aguas y las removía; el primero de los enfermos en entrar podría recobrar la salud.

Entre muchos, está también un hombre paralítico; estaba enfermo desde hacía 38 años; tal vez había perdido la esperanza que Dios lo sanara, por eso Jesús le pregunta, casi queriendo despertar su ilusión: «¿Quieres recobrar la salud?» Jesús, con su mirada profunda, había detectado en esta persona enferma una vivencia de resignación y fatalismo. El mismo enfermo no contesta con claridad: no afirma que desea ser sanado. Jesús, a pesar de esta falta de confianza y de fe, realiza la curación física y espiritual del paralítico.

«No tengo a nadie»

¡Cuánta resignación se nota en la respuesta del enfermo! «Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se agita el agua, y mientras yo voy, otro baja antes que yo... No tengo a nadie...»

Tal vez sean las palabras más tristes del Evangelio. Necesita ser curado espiritualmente, para volver a creer y a esperar un futuro mejor.

Tenemos un sueño: que nadie en nuestros hospitales o en sus hogares pueda repetir estas palabras sin esperanza y horizonte de vida.

Una sanación integral

Podemos ver en la multitud de enfermos rodeando los bordes de la piscina, una imagen de la humanidad que sufre y busca el agua de una salvación integral: física, psicológica y espiritual.

La solidaridad de Jesús para todos los corazones rotos por enfermedad, pecado, fealdad, soledad, marginación, etcétera, continúa en el nuevo pueblo suyo, nacido el día de la resurrección, comprometido a colaborar con Dios en crear una nueva situación en la que Él «enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado» (Ap 21, 4).